

Tradiciones (V)

Budô No Nangyodô:

Budô y el camino de la dificultad.



Taky Shugyô bajo una cascada.

Dave Lowry

Podría parecer extraño, leer en *“Tradiciones”* acerca del sentido de la violencia en la práctica del Budo; y ello, dentro del estado de confusión en el que hoy en día está sumida su práctica. Para entender mejor esta cuestión es de necesidad tener conocimiento de dos términos procedentes del Budismo: *Jiriki* y *Tariki*. Estas dos palabras se refieren a los medios, a través de los cuales quien tiene fe, consigue la salvación. Para ciertos budistas la liberación del sufrimiento se consigue a través de la gracia de un acto divino, o algún otro acontecimiento de tipo milagroso. Estas formas de Budismo son un ejemplo de *Tariki*, que podría traducirse por: *“modo fácil”* o *“forma sencilla”*. Para otras formas de Budismo, sin embargo, la gracia procede del trabajo duro e incesante por parte del individuo. Estas formas budistas son un ejemplo de *Jiriki* o *“despertar por medio del esfuerzo”*.

Aún teniendo otras perspectivas, en las artes marciales también encontramos numerosos ejemplos de *Tariki* y *Jiriki*. Existen todo tipo de historias acerca de artistas marciales del pasado y del momento actual (el artículo está escrito en 1989. Nota del T.) que han conseguido este *“despertar”* en su arte, de una forma instantánea, tal y como sucede con el *Satori* (despertar espiritual) en el **Zen**.



Kodo Sawaki Sensei en Zazen

Cuando todavía era joven, Kagehisa Ittosai, fundador de la escuela Itto ryu, se recluyó siete días en el recinto de Tsurugaoka Hachimangu, un

santuario de Kamakura, día y noche se entregó a la práctica del sable, tratando de encontrar los misterios de este arte y rezando por su éxito.



Ittosai Sensei

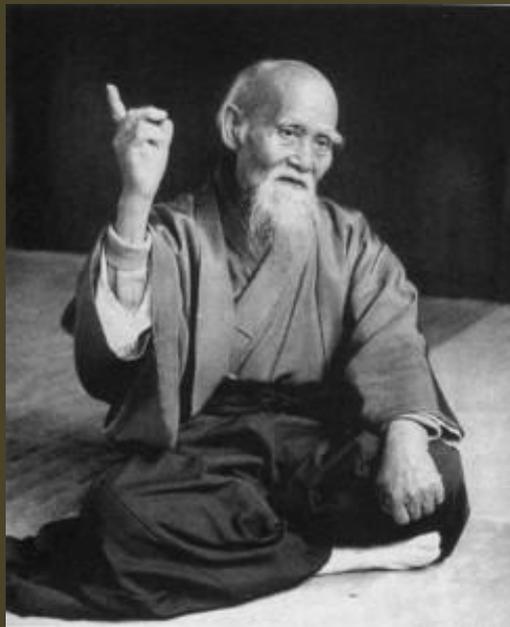
Finalmente, en su última tarde en el santuario, Ittosai, que estaba absorto en su práctica, fue objeto de un intento de agresión por parte de un asaltante que le atacaba por la espalda. El ataque fue completamente inesperado, pero antes de realizarse Ittosai giró, respondiendo a su agresor con un corte que evitó el ataque de su adversario y, al mismo tiempo, acabó con su vida. Ittosai atribuyó el milagroso corte a las divinidades del santuario, convirtiéndose así en la base de la escuela que iba a crear: Itto Ryu kenjutsu.



Itto ryu Kenjutsu

Morihei Ueshiba estaba aún dentro de su proceso de moldear el arte que más tarde se convertiría en Aikido, cuando se le acercó un instructor de

Kendo de la armada japonesa. Deseando probar su técnica contra Ueshiba, el instructor de Kendo procedió atacando a Ueshiba; primeramente lo hizo imbuido de un espíritu competitivo y, más tarde, mientras su frustración aumentaba, lo hizo con un instinto destructivo, pero, casi sin esforzarse, Ueshiba evitaba los ataques del kendoka. Después de la experiencia, el joven Ueshiba dio un paseo por su jardín, donde, de repente, se vio rodeado de una sensación interior que le llenaba el espíritu de compasión y unidad completa. Fue en ese momento, según narra el propio Ueshiba, cuando comprendió el verdadero espíritu del Budo.



Morihei Ueshiba Sensei

En estos dos episodios encontramos una forma de “*despertar*” del modo *Tariki*, pero lo que ha de recordarse también es que ese “*despertar*” en Ittosai, en Ueshiba, o en cualquier otro artista marcial entregado, fue acaecido, inevitablemente, después de muchos años de práctica y esfuerzo.

En una de las ironías humorísticas de la novela de Eji Yoshikawa sobre Miyamoto Musashi, nos narra cómo el espadachín Musashi se entregaba constantemente a la búsqueda de un secreto de índole divina en el arte de la espada, sin descubrir aún ésta no se encuentra a través de la intercesión divina, sino mediante el estudio diario y desinteresado de su arte. Esta es

la razón por la que los principios del Budo no pueden dominarse a través de un “despertar trascendente”. No son, pues, *Tariki*, sino *Jiriki*; de este modo, el camino (*michi*) hacia su perfección es *Nangyodô* (*el camino de la dificultad*).

El *nangyo* de las disciplinas marciales aparece en gran variedad de formas: sesiones especiales de práctica a mediados de invierno (*kan geiko*) o de verano (*sochu geiko*), la disciplina de las pruebas, etc. Todos y cada uno de ellos actúan como las herramientas de un escultor, cinceland y extrayendo lo que sobra, para crear el carácter del verdadero y maduro budoka.



Taky Shugyô. Práctica bajo una cascada de agua.

Aunque sea a través de un sistema de lucha elemental, la práctica producirá un aspecto esencial en ese carácter del que hablamos. Ya se trate de artes con manos vacías, como: Judo, Karate-do, Aikido, o con armas, como el Kendo, el espíritu del guerrero se vuelve más sólido bajo a amenaza del peligro, la posibilidad de ser herido o muerto, y la imponente responsabilidad de infligir todo ello a otra persona. Ningún tipo de filosofía puede prever la reacción del judoka, luchando y sabiendo con cada nervio de su cuerpo que si falla al aplicar una técnica, el daño podría ser considerable. Las charlas nunca enseñarán a los karatekas moverse y devolver a un ataque de su adversario, otro de igual velocidad, y esto sabiendo que aquel puede llegar a ser muy doloroso si no se bloquea con

efectividad. Este tipo de lecciones son difíciles y sufridas, pero absolutamente vitales si uno quiere comprender el significado del Budo.



Yoshitaka Sensei practicando shugyô con makiwara

Siempre ha sido de este modo. Recordando sus primeros entrenamientos, Masatoshi Nakayama, de la Asociación Japonesa de Karate, comentaba que después del keiko (entrenamiento) sus antebrazos quedaban tan hinchados y doloridos de bloquear los ataques de sus compañeros, que no era capaz de conciliar el sueño por las noches. Los pocos americanos que tomaron contacto con Kyuzo Mifune recordarán a un anciano y amable caballero que, sin embargo, incluso con setenta años, proyectaba a sus oponentes con verdadera dureza, siendo ellos cinturones negros bien entrenados en los métodos de *ukemi* (caídas). Historias sobre la dureza de Morihei Ueshiba, abundan también sus discípulos recuerdan que, a pocos meses de su muerte, su agarre resultaba tan fuerte que dejaría su huella en brazos y antebrazos. Uno de los fundadores del Kendo, Jirokichi Yamada, era recordado por sus golpes potentes en las sesiones de práctica, golpes tan duros que las espadas de bambú (*shinai*) llegaban a astillarse.



Masatoshi Nakayama Sensei

Después de leer las experiencias de estos maestros, ¿podría suponerse que practicar las disciplinas marciales es sinónimo de violencia? No, no debería.



Shadô. Ceremonia del té.

Se trata de que, al igual que todos los Dô (caminos o vías espirituales) tienen sus métodos para pulir el carácter del estudiante, también el Budo los tiene. En el Chadô (la disciplina de la ceremonia del té) el carácter se modela por la apreciación estética de la belleza y la formalidad, por el proceso de preparar y servir el té, adecuándose a las situaciones y

etiqueta de la ceremonia. En el Budo, el carácter se construye (en parte, al menos) a través de la lucha. Sin esto, el Judo, Karate-do y las demás formas, no podrían denominarse “*marciales*” y, aún siendo disciplinas, no podrían considerarse “*disciplinas marciales*”.



Kyuzo Mifune Sensei

Adaptando las antiguas disciplinas del guerrero samurái a fines socialmente más aceptables, el budoka debe “*crecer*” de igual forma. Por esta razón, a ninguna persona le agrada observar cómo en un dojo impera la violencia, pero puede esperar que la práctica de su Budo traiga consigo distintos tipos de lesiones (relativamente menores) que ocurren durante el entrenamiento duro. Es en este punto donde hay que tener sumo cuidado a la hora de seleccionar un dojo y a alguien capaz de controlar la actividad de tal manera que nunca acabe descontrolándose).

Aún quedan algunas cuestiones por discutir. Son estas: ¿es la violencia una parte aceptada de la práctica? ¿Cómo puede saber un estudiante si su dojo es un lugar para aprender Budo o, sencillamente, un gimnasio?; dicho de otro modo ¿Cuál es la diferencia entre un dojo auténtico y otro en el que se permite la violencia de una forma libre y, a veces, masoquista? La respuesta la encontramos en la palabra *Nangyodô*. *Nan*, significa “*aquello que es extremadamente difícil*” o “*rozando lo imposible*”; *Gyo* significaría “*escenario de entrenamiento*”, y se representaría con un ideograma que traduciríamos literalmente como: “*cruce de caminos por el*

que van y vienen muchas personas”. Lo que quiere decir esto, es que, *Gyo*, implica un paso más en el camino, un proceso de conversión (de llegar a ser...) y no un lugar determinado, definitivo, final. En Budo, la violencia nunca es un fin en sí misma, ni tampoco una meta a la que aspira el budoka, es el trabajo arduo, exigente y austero el que nos conducirá a una etapa superior. Con este criterio en la mente, el estudiante (y cualquier persona que observe el desarrollo de un dojo tradicional), será capaz de hacer una distinción rápida entre un dojo que lo es, y otro que no.



Aikido Iwama dojo

Las personas que utilizan la violencia en determinadas formas de combate son cada día más numerosas. No obstante, sea cuales fueren sus metas (compensaciones económicas, satisfacciones personales, etc.) no practican una forma de Budo. Aunque compartimos el hecho de participar en uno u otro tipo de lucha, nuestros propósitos son marcadamente distintos. Para un budoka, nangyodô es parte de una jornada que se dirige hacia algo muy alejado de la compensación económica, o de la propia gratificación, ese algo queda bien descrito en los escritos de Jigoro Kano Sensei, el fundador del Judo moderno. De su Judô escribió:

“Entrenando los ataques y las defensas, refinamos el cuerpo y el alma; esto nos ayudará a sentir la esencia natural del Judo, como una parte de nuestro propio ser. De este modo, seremos capaces de perfeccionarnos, contribuyendo así a la construcción de algo muy valioso para el resto del mundo”.

Traducción y adaptación: Kenshinkan dôjô 2009

www.kenshinkanbodajoz.com